

Matthew
FitzSimmons

CONSTANCE

Traducido del inglés por
Cristina Martín Sanz

Título original: *Constance*

Entrevista a David Bowie citada con permiso de
Concertlivewire.com

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2021 by Planetarium Station, Inc.
© de la traducción: Cristina Martín Sanz, 2022
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1362-946-9
Depósito legal: M. 15.377-2022
Printed in Spain

Para Alison

Primera parte
Recargar / descargar

Murió, así fue como murió;
y, cuando cesó su respiración,
tomó su exiguo ropero y echó
a andar en dirección al sol.

Su figura menuda en la entrada
los ángeles debieron de observar,
porque ya no volví a encontrarla
en este mundo mortal.

Desaparecida, Emily Dickinson

1

Aquel árbol de Navidad, pequeño y de color morado, tenía muchas explicaciones que dar. Constance no había celebrado la Navidad en los tres años que llevaba viviendo en Washington D. C. Y tampoco tenía intención de celebrarla este año. Pero, cuando salió de la tienda de la esquina y emprendió el regreso a casa, reparó en aquel arbolito metido en una caja y abandonado en la acera de su edificio. No sabía decir qué fue lo que la empujó a rescatarlo, pero le pareció bien interpretar a Charlie Brown en su propio especial sobre la melancolía navideña.

Lo recogió, se lo llevó a su apartamento y lo depositó encima de una mesa. El arbolito le hacía guiños con gesto esperanzado. Dejando aparte el hecho de que medía sesenta centímetros, era de color morado y no olía en absoluto a pino, resultaba prácticamente imposible de distinguir de un abeto de verdad. En cambio, le transmitió un estado de ánimo festivo, algo inusitado en ella, y se aplicó a la tarea de decorarlo. Incluso hizo la tarta de frutas navideña de Gamma Jol, que se quedó intacta en la encimera de la cocina, pero perfumó todo el piso con el aroma de su hogar de Texas.

Sin embargo, ese estado de ánimo resultó ser artificial, al igual que el árbol. Celebrar las Navidades en solitario era como prender una fogata en el cuarto de estar: emanaba una luz no deseada que iluminaba todos los rincones oscuros y cuidadosamente olvidados de su vida. La frágil tregua que recientemente había establecido con

su depresión se deshizo de la noche a la mañana, y el día de Navidad se despertó con el ánimo por los suelos. Trabajaba desde casa para una pequeña organización sin ánimo de lucro, lo cual le permitía eludir fácilmente el contacto humano si así lo deseaba. Pero le costaba creer que hubiera pasado una semana desde la última vez que salió del apartamento para otra cosa que no fuese comprar comestibles.

Einstein debería haberse dedicado a investigar la manera desigual en que el tiempo transcurría en diciembre, ese agujero negro supermasivo del calendario gregoriano.

A lo mejor por eso aceptó la invitación a cenar esa noche: una comida informal para huérfanos, es decir, personas que no tenían forma de volver a su casa por Navidad. Tampoco habría puesto un pie en Lanesboro ni aunque hubiera podido permitirse comprar el billete. Llevaba casi cinco años sin ir por casa, desde principios del segundo curso en la universidad, cuando Mary D'Arcy, su madre y ferviente sierva de Dios, le informó de que iba a irse directa al infierno. Constance la miró a los ojos fijamente y, con toda la furia que había ido acumulando a lo largo de sus diecinueve años, le respondió que allí esperaba encontrarse con ella. Desde entonces no volvieron a hablarse, ni siquiera después del accidente.

La cena comenzó bastante bien. Pero una mesa llena de personas solitarias y la actitud festiva forzada que mostraban solo sirvieron para recordarle lo aislada que se había quedado. Lo compensó aceptando la invitación de irse a casa de un neozelandés blanco y corpulento. Se llamaba Oliver, un nombre que él pronunciaba de un modo que le resultó encantador. Tenía unos muslos que parecían columnas dóricas, una melena de pelo negro y rizado, y una risa sumamente contagiosa. En realidad, Con no tenía intención alguna de irse a casa con él, porque últimamente le gustaba más ser deseada que tomada, pero disfrutó de la seguridad en sí misma que le proporcionaban sus atenciones.

Hasta cierto punto.

Tras el postre, se escabulló de la mesa para pasar al salón y trabó conversación con una música que, según descubrió, estaba tan obsesionada como ella por Mick Ronson. Y de esa manera, Oliver y sus trágicos muslos quedaron olvidados. ¿Cuántas personas conocían ya siquiera aquel nombre? Y aún eran muchas menos las que podían mantener una conversación culta y entusiasta sobre sus solos de guitarra en álbumes tempranos de Bowie como *Aladdin Sane* y *Ziggy Stardust and the Spiders from Mars*. Fue como descubrir un idioma compartido, secreto, y las dos mujeres pasaron el resto de la velada en un rincón de la sala, hablando de guitarras e intercambiando canciones y curiosidades de la cultura musical, como una que Con desconocía: Ronson había tocado la guitarra en el tema «Jack & Diane», de John Mellencamp. Eso la dejó un tanto perpleja. Por primera vez en mucho tiempo, deseó haberse acordado de traerse su propia guitarra.

La mañana siguiente, a una hora intempestiva, la despertó el pitado de la alarma. Buscó a tientas la mesilla de noche, encontró su DCL y se lo pasó por detrás de la oreja para averiguar el motivo.

«Hoy, 26 de diciembre de 2038, hará un día despejado y soleado, con una temperatura máxima de treinta y cinco grados.»

Otro día de calor sofocante. El octavo consecutivo y sin precedentes a finales de diciembre en Washington D. C. Una notificación del calendario le recordó que tenía una cita en Palingénesis. Lanzó un gemido y rodó de costado en un vano intento de ponerse lo bastante cómoda como para dormirse de nuevo. Ya se le había pasado la fecha de la recarga mensual, y recordó lo inteligente que le pareció programarla para el día después de Navidad, porque no habría nadie. Bueno, pues esta era la consecuencia de haber sido tan lista.

Desde el otro extremo del apartamento, el arbolito de Navidad la miró con expresión desamparada, como un amigo que la hubiera localizado en medio de una sala llena de gente. Tuvo la sensación de que lo había decepcionado por no haberse esforzado lo suficiente en salir de su apatía. Charlar de música había resultado agradable,

pero la había dejado con resaca emocional. Mick Ronson había sido el guitarrista favorito de Zhi (competía por el primer puesto con Nile Rodgers), y eso le había traído muchos recuerdos. También le recordó que le debía una visita. Podía hacer una parada de camino a Palingénesis, aunque eso implicaría tener que salir de la cama ya mismo.

Pero ¿deseaba verlo?

¿En qué iba a cambiar aquello las cosas, en realidad?

Avergonzada de sí misma por pensarlo siquiera, se obligó a incorporarse y se frotó la pierna izquierda, que siempre era lo primero que le dolía por las mañanas. Unas desagradables cicatrices le cruzaban en todas direcciones la rodilla que le recompusieron los cirujanos tras el accidente. Un milagro de la medicina, a todas luces.

Escogió la ropa que ponerse entre una montaña de prendas sucias: unos vaqueros negros y la vieja camiseta de la gira Anti World Tour de Rihanna (que había tenido lugar en 2016, el año en que nació ella). Olfateó ambas prendas y las encontró aceptables. «Vista siempre con clase, señorita D’Arcy.» Desde el rincón, el arbolito morado la observó en silencio, especulativo, como si estuviera preguntándose cómo había hecho para verse arrastrado a aquella escena tan cutre. No pasaba nada. Ella misma se lo preguntaba todo el tiempo.

—¿A quién viene a ver? —le preguntó el enfermero de la recepción. Era un individuo alto y de aire nórdico, que tenía el cabello revuelto y de color verdoso y unos ojos demasiado pequeños para su rostro, tanto que daba la impresión de tenerlos siempre entornados con gesto de suspicacia.

—A Zhi Duan —respondió Con.

Fue muy significativo que el enfermero no la reconociese. Durante el primer año tras el accidente, ella rara vez se había separado de Zhi. Trataba a todos los miembros del personal de tú y ellos se apia-

daban de ella y le permitían dormir en el sillón colocado en un rincón de la habitación del paciente. No recordaba el momento exacto en el que pasó a ser una amiga desleal. Al principio, las visitas eran cada dos días; luego, una vez a la semana, y ahora le daba miedo pensar siquiera en verlo.

El enfermero le preguntó cómo se llamaba y tecleó el nombre en el sistema. Le informó de que no era familiar del enfermo. Con discurriría ese punto. Tal vez un grupo de rock no se considerase legalmente una unidad familiar, pero debería, desde luego. Zhi Duan, Stephie Martz, Hugh Balzan, Tommy Diop..., todos ellos eran su familia, la que ella había escogido. Unidos por el amor, la música y la tragedia compartida. Ahora y para siempre. Aunque ya hubieran desaparecido todos, de un modo o de otro.

—Mire en la lista de excepciones. Seguro que figuro en ella —sugirió Con. En la última visita figuraba en dicha lista, pero ya no recordaba cuándo había sido eso. ¿En verano? ¿En primavera? Los padres de Zhi vivían en Dallas y siempre se habían sentido agradecidos de que alguien que se preocupaba por su hijo continuara yendo a verlo. ¿Habían descubierto que ella había dejado de ir y le habían revocado el permiso?

Para alivio suyo, el enfermero encontró su nombre.

—Voy a necesitar su identificación y tres datos biométricos.

—Tome todos los que quiera.

Obediente, se sometió a una toma de huellas dactilares, un examen de retina y una muestra de habla, datos que el enfermero comparó con los que tenía guardados en su ficha de identidad y en los registros del centro. Este tenía problemas desde hacía tiempo con fans que se colaban para hacer fotos y llevarse algún recuerdo de la habitación de Zhi. Habían sorprendido a una chica de dieciséis años afeitándole la cabeza con la intención de vender mechones de pelo suyo en internet.

Desde el accidente, había brotado una mitología romántica en torno a él, al igual que brotan las malas hierbas alrededor de una lá-

pida que nadie se ocupa de limpiar. Se decía que su grupo, Despertar a los Fantasmas, iba camino del estudio para grabar su primer álbum, una vez concluida la gira. Que, después de una actuación, la autocaravana se saltó la mediana, y el teclista, Tommy Diop, y el bajista, Hugh Balzan, perdieron la vida, mientras que Zhi Duan, el principal vocalista, se quedó en coma. Que estaban a punto de conseguir el estrellato y hacerse famosos. Con no sabía eso, pero la obsesión con Zhi era auténtica. En la red, sus seguidores se pasaban grabaciones pirata de actuaciones y demos del grupo. Subieron miles de publicaciones a los foros de fans, principalmente sobre Zhi, que se había transformado en un dios que era una mezcla de poeta trágico y músico. Un talento de su generación segado cruelmente antes de tiempo.

Los fans del grupo, que Con denominaba «miembros de la secta» cuando no se sentía generosa, hacían peregrinaje desde todas partes para presentarle sus respetos. El lugar del accidente se había convertido en un altar cubierto de pintadas. Los más morbosos, que no sabían lo que eran los límites, incluso la localizaron para hacerle preguntas impertinentes acerca de Zhi. Hablaban de él como si lo hubieran conocido, cosa que a ella la enfermaba un poco. Los recuerdos que tenía no eran baratijas de las que se venden a un lado de la carretera, tres por un dólar, que los turistas manosean con sus dedos regordetes. Cuando alguien la confrontaba, siempre daba respuestas imprecisas y se escabullía a toda prisa, pues sabía que algunos de los fans más acérrimos estaban resentidos con Stephie y con ella por no haber tenido la decencia de matarse en el accidente.

El enfermero le entregó una tarjeta de visitante.

—Ha sido usted muy oportuna. El paciente ha pasado varias semanas en la Johns Hopkins. Justamente volvió hace unos pocos días. Por lo visto, sus padres lo inscribieron en un estudio que está llevando a cabo esa universidad con pacientes de larga duración.

En el ascensor, intentó convencerse de que debía marcharse. Ya había firmado en el mostrador de recepción; eso debía contar como visita. Nadie sabría si había llegado a verlo de verdad. Y menos aún

el propio Zhi. Cuando se abrieron las puertas, hizo intención de salir, pero sus pies se negaron. Hasta que empezaron a cerrarse no extendió rápidamente una mano para mantenerlas abiertas. Con un suspiro, salió de la cabina y echó a andar por el largo pasillo.

La habitación de Zhi estaba en silencio salvo por la máquina que respiraba por él y el pitido rítmico de los monitores. Verlo así siempre volvía a romperle el corazón. Corrió hacia la ventana y abrió las cortinas. ¿Por qué tenían la habitación a oscuras? En el patio había un árbol, alto y fibroso, que a él le habría encantado. Con recorrió toda la habitación limpiando y ordenando. No porque fuera necesario, dado que el personal realizaba una labor excelente, pero era la rutina que seguía para sentirse como si aún desempeñara un papel en la vida de Zhi. Una vez que terminó de ordenar cosas, acercó una silla a la cama y le cogió la mano. En otra época las tuvo llenas de callos de guitarrista; en cambio, ahora estaban tan suaves como las de un recién nacido. Le dio un apretón leve. Él no se lo devolvió. Ya jamás lo haría.

«Estado vegetativo persistente.»

No creía que hubiera oído tres palabras tan odiosas en su vida. El primer año, se aferró a la fantasía de que, si continuaba hablándole y cantándole, dicha devoción tendría recompensa. Cuanto más intentaban los médicos convencerla de que los daños cerebrales que había sufrido eran irreversibles, de que nunca recobraría la consciencia, más se enrocaba ella en aquella certeza. Zhi era especial. Tenía un destino. Ellos no lo sabían, no conocían su fortaleza. No como ella. Así que en su mano estaba ayudarlo a recuperar su camino. Se había convertido en su faro, resuelta a montar guardia hasta que él regresara. Un día, Zhi abriría los ojos lentamente. Posaría la mirada en ella, sonreiría y le preguntaría cuándo podían largarse de allí. Como en un puto cuento de hadas. ¿Cabía imaginar a alguien tan ingenuo? Pero ahí radicaba la cosa, en que ella seguía siendo una ingenua. Una mujer patética tan obstinada que se negaba a hacer caso a la razón.

Ese era el motivo por el que algunas veces le costaba salir de la cama y por el que a sus amigos se les había agotado la paciencia. Tras el accidente, la gente respetó su dolor, lo consintió, incluso admiró su áspera resiliencia. Su corazón, sus pensamientos y sus oraciones estaban con ella. Pero el encanto de todas las tragedias terminaba desvaneciéndose con el paso del tiempo. Cambió la narrativa. No era como si Zhi y ella hubieran estado casados. Tres años eran tiempo suficiente para un duelo. Demasiado, susurraron algunos. Era necesario que Con dejara de exprimirlo y siguiera adelante. Notó que la gente cambió su percepción de su estado: dejó de ser duelo y pasó a ser depresión. Y esta, a diferencia de aquel, se consideraba un defecto de la personalidad. Nadie lo expresaba en voz alta, pero ¿quién iba a querer tener trato con una chica triste y que tenía una rodilla defectuosa? Con no se lo reprochaba. Tampoco ella quería tener trato consigo misma.

—Feliz Navidad, Zhi —dijo; luego agachó la cabeza y rompió a llorar.

El grupo había actuado aquella noche en Washington D. C. y cuando sucedió el accidente se dirigía a Carolina del Norte. Con iba acurrucada en el asiento de atrás, dormida, sin el cinturón de seguridad, y se despertó en una cama de hospital sin recordar nada del accidente. Nadie supo decir con certeza lo que había ocurrido. Ni siquiera Stephie, que, cosa insólita, había salido andando por su propio pie y sin un solo rasguño. Lo único que se sabía era que un camión chocó contra ellos de frente y la autocaravana quedó siniestro total. Hugh murió en el acto. Tommy aguantó dos días antes de sucumbir a sus heridas. Zhi no llegó a recuperar la consciencia. Su Zhi. Con pasó dos meses en el hospital recuperándose de múltiples operaciones y no pudo asistir a ninguno de los dos funerales. Llevaba años sin hablar con Stephie, la mejor amiga que tenía en el mundo.

Sin percatarse de lo que estaba haciendo, se llevó una mano a la rodilla derecha y se frotó las cicatrices por encima de los vaqueros.

Aquella noche conducía Zhi, como durante toda la gira, horas y horas al volante. Sin hablarlo antes con nadie, había comprado para el grupo una autocaravana no autónoma, una Chevy del 27. Las nuevas leyes exigían que los vehículos fueran de conducción autónoma, pero abrieron un poco la mano con los modelos antiguos. Era una afición muy cara. Cada vez costaba más encontrar repuestos, y el precio del seguro de un vehículo así era estratosférico. Ninguna de las familias tenía tanto dinero, excepto los padres de Zhi, que pudieron permitirse el lujo de costear el temerario delirio de grandeza de su único retoño.

Antes de partir de Texas, Con había sido nombrada por el resto del grupo la encargada de intentar, una última vez, convencerlo de que vendiese la autocaravana y buscase algo más nuevo. Algo fiable. Ella era la principal negociadora de la banda e hizo lo que pudo, pero con Zhi era imposible ganar una discusión cuando plantaba los pies en el suelo, te miraba de aquella forma y empezaba a decir que un grupo que recorriera el país guiado por un ordenador jamás entendería verdaderamente el lugar del que provenía. Eran todas tonterías sentimentales, pero sonaban muy bien cuando las decía él. Todo sonaba bien. Aquella era la virtud que tenía Zhi. El motivo por el que se enamoró de él ya de entrada, la razón por la que lo amaba incluso ahora, aunque ya nada fuera lo mismo, y ojalá supiera cómo ponerle fin.

Su DCL emitió un pitido suave para recordarle nuevamente la cita. Le gustaría saber qué opinaría Zhi si supiera que ella tenía un clon esperándola en Palingénesis o que el accidente era el motivo de que siguiera acudiendo a aquellas citas todos los meses. La muerte siempre había sido una abstracción, pero desde el suceso no había nada que le diera más miedo. Aquel clon era cobardía, pura y dura, y se le había metido en el cuerpo igual que un toxina.

Darí­a cualquier cosa por que Zhi se incorporase en la cama y le recordase que no era necesario que tuviera miedo cada minuto. En cierta ocasión le dijo que ella era la persona más valiente que había conocido. ¿Qué había sido de esa mujer?